



LA INGLESA DE CORRIENTES

Francisco Tosi

LA INGLESA DE CORRIENTES



Primera edición: octubre 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Tosi

ISBN: 978-84-19899-96-5

ISBN digital: 978-84-19899-97-2

Depósito legal: M-30934-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Maria Julia, compañera, sabia y dedicada esposa.

A Eugencia Julia, nuestra querida hija.

Sinopsis y personajes

La inglesa de Corrientes es una biografía no autorizada de Elizabeth, nacida en Chester, Gales, en 1802. No me parece recomendable ni útil dar otros datos de identificación porque es un personaje de ficción en un contexto histórico lo más verosímil posible. Tampoco es propia y completamente una biografía porque se detiene apenas después del inicio del año 1839, que tanto dolor provocaría en su amada Corrientes. Si bien ella no era muy expresiva su amor por esa nueva tierra se daba en cada acto, momento y deseo de su corazón.

Las inmensidades que ella recorre desde Buenos Aires por el río hasta Gualeguay y luego por tierra hasta la ciudad capital del Estado Provincial de Corrientes se transforman en su nueva realidad, viajes de ida y vuelta durante varios años. Ella la acepta y la quiere, porque no tiene dudas que su progreso ha sido maravilloso. Su existencia arranca, como dicho antes, en 1802, en ese período de tránsito desde la vida rural a la realidad urbana y suburbana, metida de lleno en la pobreza durante esas décadas de inicio de la revolución industrial en la ciudad galesa de Chester. En la que ella, es una mujer entre tantas, y, que, como otras se propone salir de la miseria. No pudiendo verse en el rol de obrera o empleada de las precarias y sórdidas administraciones, comienza a tratar de cumplir su propósito, escapando a Londres y como tantas, termina frecuentando teatros y prostíbulos. Pero rápidamente comprende que eso no es un gran avance. Elizabeth, llamada Betty, no es tonta, es atractiva y muy práctica. Sabe que, en Chester, las cosas solo pueden ser peores, pero que en Londres tampoco se le hace fácil.

Al llegar allí se establece en un prostíbulo de lujo. No es su actividad permanente pero no le queda otra que sea suficientemente lucrativa para juntar dinero, requisito inevitable para sobrevivir y poder pensar en planes. Pero es solo la primera parte de su pretendido horizonte. La otra parte es, inevitablemente, buscar algún hombre que le permita salir de esos lugares. No es la más linda, pero es mejor que muchas, y, a la vez, es determinada, planificadora y tenaz. Al fin encuentra a Adrián, hijo de un cura anglicano. No pasa mucho tiempo para que comprenda que no es gran cosa, se trata de un pillo, jugador y mentiroso, pero tiene cierto donaire. De hecho, no es una buena pieza. Los mismos padres lo habían echado de casa. Pero no encontró nada mejor y Adrián, en su opinión, podía encarrilarse.

Se casan y tienen una hija, Daphne. Betty comienza, a mirarse alrededor, o sea ampliar el panorama, tal vez intentar fuera de Inglaterra puede ser una solución, como hacían muchos en esa época, en algunas de las Compañías constituidas más de un siglo antes y ahora con la difusión de la moneda, por parte de capitalistas independientes.

Las invasiones inglesas en el Río de la Plata que habían ocurrido poco más de una década antes no lograron el control territorial, pero en poco tiempo y con perseverancia obtuvieron otro tipo de presencia y fuerza no menos importante: la económica.

Adrián, en Londres quisiera ser prestamista, que es como muchos hacían dinero y rápido. Pero no es más que un jugador y no tiene capital. Una mala combinación.

Finalmente dice haber convencido a unos inversionistas y como pareja pueden intentar ir a algún lugar que esté libre en el mundo y disponible para el comercio inglés. Le ofrecen, lo remanente, lo que quedaba después de que el Reino cuadriculara el mundo con sus proyectos.

Ir a la provincia de Corrientes, en el sur de América. Allí van, sin conocerla siquiera por comentarios. Pero la vida, de entrada, no resulta fácil para Betty.

Durante una inesperada emboscada matan a Adrián, y lamentablemente a su hija. Por extraña pero virtuosa coincidencia, una pequeña niña de una familia numerosa que vivía algo aislada pero cerca del camino de postas, observa la situación. Tiene once años. Allí comenzará su nueva vida. Increíblemente o tal vez por efecto de la magia del lugar, Dafne, elimina solo dos letras y las reemplaza por una efe. Es Dafne. Manifestando también similar edad, a pesar de que tenía un par de años menos, se convierte en la hija de la inglesa.

En eso consiste una de las posibilidades de este nuevo mundo y Betty se encuentra ante un paisaje nuevo, un oficio desconocido, el de comerciante y a los pocos años con algo más atractivo pero peligroso. Y una hija inesperada.

Corrientes era durante esa época, desde 1832 a enero de 1838 una provincia en paz y con una organización civil y política realmente única en la región. No tenía caudillos, respetaba su Constitución de 1821 y estaba enfrentada con la Confederación, pero aún no había llegado al conflicto armado. Era una gran época de paz. Pero la economía no despegaba si bien practicaba un mercantilismo proteccionista moderado frente al liberalismo de Buenos Aires, o sea todo el resto del país.

Betty se las arregla, intrépida mujer y, con su nueva hijita que resulta ser una muy buena cabeza, logra manejarse entre los intereses de los británicos que ella representa y el resto de la realidad cambiante que aprende a conocer. Sin saber de antemano, aprende y demuestra ser una mujer de acción.

Los comerciantes ingleses habilitados en Gualeguay y Corrientes son sus primeros contactos. Lord Bertrand es el enigmático jefe a quien ella reporta, cuando toma una importante decisión: convertirse primero en informante y luego en espía. Esencialmente por dinero. Quizás fue el mismo que hizo matar a Adrián o tal vez haya sido el misterioso Mayor Rood, un mercenario norteamericano que ella duda que ni siquiera exista. Nunca pudo describir ese enigma y, en fin, de cuentas, tampoco resulta importante porque

nadie le devolverá a su hija, pero Dafne, en su lugar, resulta maravillosa. No es justo reclamar.

Su vida es agitada, necesariamente, pasan algunos años para afianzarse, pero ella no se detiene.

En enero de 1838 en Gualeguay encuentra a un combatiente italiano que no lucha solo por Italia sino por la lejana república de Rio Grande, es el mismísimo Garibaldi. De entrada, no le produce un gran efecto. Además, para Betty su lucha no le parece más que un trabajo como cualquier otro. Por ejemplo, como el de ella. Con la diferencia que a ella le pagan bien. Al otro no parece importarle.

La conversación con ese hombre le despierta sensaciones escondidas y reprimidas desde hace muchos años.

Son dos audaces y el decide arriesgar. El italiano que luego de increíbles aventuras había sido hecho prisionero por orden de Juan Manuel de Rosas (el poderoso gobernante de las Provincias Unidas del río de la Plata, la Confederación) escapa de su prisión, pero lo vuelven a apresar. Betty había pasado la noche con él. Finalmente, Garibaldi es torturado, pero poco después llevado de Gualeguay a Paraná. Betty queda sola con su embarazo. Pero ella no es una desprevenida.

En ese final de 1838 decide tener su hijo, cuya paternidad es incierta. Se casa y entiende haber encontrado la tranquilidad que buscaba. Un marido rico, un patrimonio ya existente a su nombre, su hija educada en Buenos Aires, George Deian, el hijo, creciendo en Bella Vista donde su marido tiene una de sus posesiones y se dedica a variadas actividades.

Es la historia de una mujer emprendedora en un territorio magnífico, ojalá fuera una biografía, la estoy buscando porque por ahora es, en parte, una ficción. La de *La inglesa de Corrientes*.

FRANCISCO TOSÍ

Personajes de ficción

Elizabeth llamada Betty: nacida en 1802 en Chester. La protagonista.

Adrián: su marido, jugador. Muere en 1834 en algún lugar de Corrientes.

Míster Perry: El corresponsal comercial y algo más inglés en Corrientes.

Míster Wilson: El corresponsal comercial y gran emprendedor en Gualeguay.

Lord Bertrand: El jefe del espionaje británico en la zona. Sede Buenos Aires.

Daphne: la hija de Betty y Adrián muere en 1834.

Dafne: la niña que los miraba pasar el día del tiroteo y reemplaza a Daphne.

Mayor Rood: Enigmático mercenario norteamericano.

George Deian: El segundo hijo de Betty.

Capítulo 1. Daphne

Una niña camina con gesto adusto a un costado del Camino Real. Al llegar a un guaraniná que está cerca del codo del camino que va hacia la capital, Corrientes, con natural agilidad se trepa a una de las ramas bajas, que están escondidas bajo las hojas, invisibles a quien, saltuariamente, transitara el lugar.

El paso de jinetes es, como se dijo, esporádico, pero por lo general, anunciado por los sonidos típicos del trajín de carros lentos que llevan madera, cueros o yerba hacia el sur u otras cargas generales de productos de consumo, en sentido inverso, hacia el norte. Son, la mayor parte de las veces, grandes carretas. Sus ruedas con sus ejes, sus robustos radios y cañoneras emiten crujidos antes el esfuerzo de cualquier desnivel el terreno. La observadora juega a memorizar el aspecto exterior, si algún jinete acompaña o si logra entrever en el interior de los laterales de cuero la carga que lleva, cuando no va encerrada en cajas grandes de madera, identificar sus marcas o sellos. Es entonces que razona que va completo y por eso va hacia el norte, hacia la ciudad de Corrientes. Cuando vuelve aligerado hacia el sur, la niña lo reconoce de inmediato, porque tiene una gran memoria visual, y lo registra en una contabilidad imaginaria de su propia mente, en la bitácora de los hechos de cada uno de los días.

Ella se distrae con esas imágenes. Mira cada uno tratando de entender que llevan, quienes pueden ser los pasajeros y quienes los patrones porque son diferentes, le gusta deducir, indagar y a falta de mayor información simplemente inventar. Casi puede creer que

ve a través de los cueros que cubren el contenido del carro. Porque, a veces permiten la visión porque son casi transparentes por el desgaste del uso por el sol y las frecuentes lluvias.

La niña tiene sus años, unos once, así le han dicho, para toda información. Si bien es pequeña sus ojos oscuros demuestran inteligencia y vivacidad natural. Como parece ya una joven mujer, su tarea de observación la hace bien escondida, para que nadie la vea ni la encuentre. Ha visto la violencia de algunos hombres, especialmente sobre las personas solas, más si son mujeres y peor aún jóvenes. Mil veces se lo ha recomendado la madre. El impacto de algunas imágenes y la recomendación de su madre le han quedado grabadas como si lo hubiera visto cien veces, cuando no han sido más de diez las que quedaron impresas en su memoria, pero han sido más que suficientes. Ninguna agradable, por cierto. Todo lo contrario.

Creía estar bastante segura así cubierta, entre las ramas de la guaraná que ella escuchó que también llamaban ibirá-niña, que era ideal porque estaba a discreta distancia de la huella del camino, y su visión era perfecta. También le temía a la yará y otras alimañas que nunca faltaban en la zona, por eso si bien miraba la huella no dejaba de estar atenta a su alrededor, con todo su panorama también. Considerando todos los peligros posibles, estaba satisfecha por sus cuidados y precauciones. Si su madre la viera allí, posiblemente la diera un reto, pero no la castigaría o hasta, sin decirlo, podría estar de acuerdo. Pero eso no le importaba ahora. Su oído era fino y entrenado. No necesitaba ni tocar el suelo para sentir la vibración que se propagaba por los cascos de los caballos o el paso de las ruedas y, aún sobre un árbol, las podía percibir. Además, no era menos cierto que a su antojo, podía bajar y subir del árbol donde estaba trepada, para una mejor atención. Siempre cuidadosa de no romper ninguna rama. Sabía por haberlo escuchado y era así su creencia, transmitida por generaciones, que existía un equilibrio en la naturaleza, era malo modificarlo, aún con un pequeño movimiento. Los tutores y guardianes de la Creación castigaban a

quienes maltrataban árboles, animales o las sagradas aguas de los ríos o esteros. Frecuentemente eso mismo era el significado o más bien la causa de las tormentas, los rayos que reducían lo que tocaban en cenizas o los fuegos que se iniciaban en los pastizales y solo terminaban cuando alguno de los dioses mandaba la reparadora lluvia con sus aires, vientos e inclusive nieblas. Por eso tampoco era cuestión de alterar el silencio del momento, el vuelo de las aves o el vagabundear del zorro o quien fuera se moviera por el ancho mundo de animales que conocía. No era necesario estar haciendo alboroto sin motivo. Dejó esos pensamientos que volaran distantes en su mente y volvió a concentrarse en su tarea de observación.

Había escuchado bien claro un característico ruido en la distancia. Hasta podía decir en cuanto tiempo llegarían hasta allí: no más que un rato.

Era fácil reconocer hasta la percepción de la vibración del tronco del árbol, el golpeteo de los cascos a la distancia y eso le daba tiempo para ubicarse bien y estar quieta para observar cómodamente y con detalle el paso de quienes aparecieran. Las imágenes podían ser parecidas, pero nunca eran iguales, aunque fueran las mismas personas y hasta la combinación casi imposible que fueran los mismos caballos. Conocía bien el lugar y normalmente se encaramaba a ese mismo árbol y no otro. Ese y sus semejantes, que algunos, como le había aclarado su madre, erróneamente llamaban arbusto, prácticamente usando las ramas como si fueran escalones.

Desde afuera nadie podía ver a la niña porque además normalmente el control visual que hacía quien iba por el camino era hacia adelante y de costado antes de llegar a lugares propicios para emboscadas, pero ese tramo era bien plano y medio pelado, cosa rara en la zona de vegetación tropical tan cerrada. Lo único que requería especial control era la curva que aparecía justo donde estaba ese árbol, debían bajar la velocidad y doblar con cuidado para no fatigar los ojos. No era muy pronunciada, pero hacía demorar un poco y bajar la velocidad para prestar la debida atención a la maniobra.

Ese tipo de árbol tampoco era común en una zona que no era ventosa ni salina, pero a nadie parecía interesar esos asuntos botánicos y mucho menos a la niña, acostumbrada a la sabiduría ancestral de la naturaleza. Estaba allí por alguna razón, seguramente sin saber que extraños acontecimientos también la esperarían a ella. Probablemente no hubieran ocurrido si ella no se subía a ese árbol ese día o tal vez si llovía. Pero estaba subida a ese árbol, a esa distancia y ese mismo día.

El amplio espacio visual daba mayor tranquilidad y los hombres, que siempre iban armados, apuraban el paso con tranquilidad o mejor expresado, con menos temores cuando transitaban por allí. Solo se cuidaban porque en general al haber una curva se bajaba la velocidad si se venía a caballo o en carreta ligera. Si viajaban cargados pasaban mucho más despacio.

Porque cualquier viaje en aquel año del Señor de 1834 era un riesgo, un peligro por las bestias, como el famoso puma, que podía estar acechando hambrientas por el lugar, y también por los humanos, mucho más peligrosos e impredecibles. Los esfuerzos del gobierno para garantizar la seguridad fueron grandes, fijando un buen régimen de postas, recorriendo en vigilancia la amplia región con sus tropas y tratando de garantizar la justicia. Pero nunca resultaba suficiente. Aunque esta última década había mejorado mucho. Era algo que todos decían y agradecían al gobierno de Ferré y su grupo. Especialmente tras los trágicos y alborotados años anteriores.

Normalmente, la niña que ahora está observando la huella, ya desde el salir el sol, está trabajando, como ayuda a sus hermanos en la tarea, que es arrancar del suelo fértil todo lo posible para la pobre subsistencia de la familia en la casa. Tenían buena producción de mandioca y eso era tener comida y no era tan escasa tampoco. Pero el problema es que ellos eran muchos. Solo el día antes, aunque a ella le parecía que hubiera pasado mucho tiempo por lo inesperado y dramático del anuncio, el padre, hombre grandote sin ser alto, taciturno salvo cuando se ponía a despotricar de po-

lítica, les había hecho un discurso muy grave. El hombre hablaba normalmente en guaraní y usaba el español solo para las grandes ocasiones, que no eran muchas. Ella no entendía nada de la política y de los nombres que escuchaba decir a su padre. Para colmo estaban lejos del poblado y de otras casas, por lo que veía poca gente, como para escuchar mí. Su madre era una mujer abnegada y sumisa, muy apegada a sus creencias, pero claramente sometida al rudo hombre que tenía a su lado. Su padre decía que la mujer era pura sangre charrúa y ella lo negaba, mostrando una vieja carta de su abuela en donde, según ella se demostraba que su ascendiente, por lo menos por esa abuela era europeo como se solía decir, por lo tanto, era criolla. Era lo único en que lo contradecía. Una vez, sorprendió a todos diciendo,

—Usted es el Tupí Guaraní, porque yo no soy ni de los Tobas, Plagues, Mocovíes, Michíes, Corotos, Tomocotes, Chulupíes, Chánés ni Tapietés. Nada de eso. Soy bien criolla.

Fue una escena inolvidable porque el padre se quedó plantado, firme como un quebracho blanco, la miró y no dijo nada. Pero eso fue hace mucho tiempo. En cambio, lo que había pasado ayer era mucho más complicado de entender.

Ella, a pesar de sus pocos años ya sabía reconocer algunas letras, era lo que todos consideraban saber leer, cosa excepcional, teniendo en cuenta que era prácticamente autodidacta. Con la ayuda de su madre que lo hacía con dificultad, se ejercitaba sobre la famosa carta de su abuela y un libro religioso que mucho tiempo atrás le regalaron a su misma madre que se lo dejó a ella que parecía la más prometedora de las hijas. Con mucho esfuerzo las letras que conforman las palabras fueron tomando un orden en su cabeza, y con un sonido aproximado, conociendo el significado de algunas de esas palabras fue construyendo una especie de diccionario mental español en su cabecita. Para la época ya dominaba casi unas 50 que le permitían leer el único libro y lograr captar por lo menos algunas frases. Otras eran muy difíciles y misteriosas. Sería mucho más fácil con algo que describiera hechos y acciones propias de todos

los días. Cuando pensó eso se le ocurrió de a poco construir con el guaraní que era mucho más fácil y el español una especie de vocabulario mezcla ya mucho más amplio. Eso le daba un sentido de fuerza y energía inesperado. Tal vez fuera justamente por eso que se apostaba por horas a la vera del camino real, encaramada sobre la madera amarilla del árbol, cuyo brillo suave le gustaba. No eran ramas muy resistentes así que se movía con cuidado, pero, como dicho antes, desde lejos se veía tupido y eso le venía muy bien como escondite. Eso le daba la impresión de que estaba cerca de comprender o por lo menos intentar hacerlo lo que ya ella misma llamaba el mundo exterior.

Ya desde lejos ponderaba las cualidades de su árbol. Ese medio de contacto, visual y auditivo. No había ninguno tan bien ubicado como ese, sobre las lejanas rectas que se perdían de un lado y del otro en el horizonte, allí justo al salir o al llegar a un codo del camino. Mientras esperaba el paso de viajeros vio correr cercano un pecarí y poco después, en la misma dirección una corzuela parda. Algo estaba pasando porque no eran bichos que se estaban persiguiendo uno al otro, era probable estuvieran escapando. Pero su fino oído, acostumbrado a la atención, todavía no registraba nada más que un sonido lejano. Dejó de mirar el camino y se quedó pensando en lo que había dicho su padre.

Volviendo a ese discurso, el de las graves noticias la niña recordó todo en un momento como si fuera en un sueño. Había sido justamente el día anterior cuando el hombretón juntó a los nueve hijos junto a la gran tabla que hacía de mesa, que como siempre afianzó sobre los cuatro gruesos troncos que la soportaban como sostén. No era un hombre de grandes discursos, por temperamento e instrucción. El guaraní se suponía que solo usaba las palabras precisas y directas sin agregados. Iba a usar el español que significaba que la cosa era importante, pero también que podía decir lo que tenía que decir con cierta dificultad tal vez y por excepción usaría un mayor número de frases, no siempre precisas.

Así y todo, el hombre se las arregló mucho mejor a lo esperado por la niña y fue directo al asunto e informó a sus hijos, que estaban muy atentos tanto a sus palabras como a sus gestos. La cosa era simple de plantear, pero de consecuencias terribles. Al ser ellos nueve y la tierra solo permitir mandioca como alimento para cinco, cuatro eran los que debían buscar otros lugares. No importaba de donde había salido ese cálculo. Eso era así porque lo decía él.

La madre estaba sentada a un costado, con expresión ausente o por lo menos eso parecía. El hombre habló un rato relativamente largo según, por lo menos lo que era su costumbre y de inmediato el silencio solo dejó oír el grito de las aves en el bosque cercano. Siendo cinco hombres y cuatro mujeres la cuestión era clara, el mensaje concreto, la aritmética elemental. La solución trágica.

No necesitaba traducción o interpretación. Su madre abrió la boca como para decir algo, pero no se escuchó nada. Entonces el hombre consideró conveniente agregar algún concepto esclarecedor. Para ello en modo solemne siguió con el español. El idioma de las malas noticias, recordaron, especialmente las niñas antes de seguir escuchando.

—Lo mejor es que las mujeres se vayan buscando hombre, salvo usted que recién va por once.

Se quedó pensativo probablemente por no estar seguro de la verdadera edad de la niña. Fue el momento que eligió la madre para confirmar que efectivamente tenía once. Cosa que la joven interpretó como que en un par de años también tenía destino de irse a conseguir pareja. O sea que más temprano que tarde dejaría su hogar.

Cuando aparecieron algunas lágrimas o por lo menos una cierta emoción en las jóvenes el padre se levantó y dio por terminado el asunto. No se sabía si existían plazos o planes para la salida de las tres mujeres o quizás uno de los hermanos se alistaría en las tropas que decían estaba juntando el gobernador Rafael León de Atienza, sucesor de Ferré. Porque en ese caso podían cambiar los planes. Pero no hubo mayores aclaraciones y tampoco nadie preguntó. No

se vieron más ni lágrimas ni otras emociones porque el padre y dos hermanos dijeron haber visto a lo lejos un mataco bole. Salieron con la intención de cazarlo. Parecía extraño porque es un animal que corre escondido por los pastos y muy difícil de atrapar. La niña nunca había comido de esa carne. Pero no dijo nada, miró a la madre que seguía con los ojos firmes en algún lugar distante.

A los once años el futuro es algo muy lejano y difícil de conceptualizar. Pero allí, trepada al árbol, la niña que ya era más bien una joven curiosa, comienza a imaginar algo posterior como consecuencia inevitable de esa conversación. Sinceramente no se le ocurre nada. Los acontecimientos tal vez le darían una extraña oportunidad.

Hasta ese mismo momento no se podía imaginar estar en otro lugar porque no tenía la menor idea de cómo podría ser cualquier lugar que no fuera ese. Quizás todo el mundo fuera parecido o tal vez no. ¿Cómo saberlo?

Su imagen del mundo era la que correspondía a la inmensidad de su selva, bosque, sol y lluvias, personas y animales. Vagando por el paisaje tan familiar con ojos atentos a cualquier movimiento, al mismo tiempo se distrae pensando o más bien dejando su mente errar sin rumbo fijo, cuando, de pronto, escucha algo.

Mira hacia las dos puntas del camino, la curva cercana y la recta que se pierde en el horizonte hacia el norte, porque de allí viene el ruido. Precisamente por allí, en la lejanía se ve algo parecido a una polvareda. Lo entiende de inmediato, vienen cabalgando jinetes. Por la cantidad de polvo son varios y extrañamente por la cantidad y altura de lo que levantan, van apurados.

Ella se concentra en esos que vienen. Sabe que si van apurados es poco el tiempo en que los va a poder observar. Es curiosa. Este es su único contacto con lo que está fuera de su pequeño mundo. No se lo puede y no se lo quiere perder y menos ahora, tras la sentencia del padre.

Cada vez que pasa alguien aprende un pedacito de un todo, que junta con otra observación, y luego otra como eslabones de una

imaginaria cadena de conocimiento práctico. Eso le muestra una parte o tal vez ya un conjunto como si fuera una cadena de anillos que muestra que es lo que hay en el exterior. No sabe cuál es la razón, aunque ahora la imagina o la siente por necesidad, pero la atrae ese mundo exterior, ese afuera de jinetes que pasan lentos o rápidos, carretas y carros pesados de carga cuando van al norte y livianos y vacíos al volver hacia el sur.

Ella sigue mirando el camino. Aparece un caballo, con su montura y sin jinete, con el sudor de la carrera que sigue alocadamente como si estuviera desbocado. Ve sus ojos muy abiertos en pánico, sorprendido por no sentir su carga ni los tacazos en su vientre. Aturdido por los ruidos, pasa muy rápido, toma la curva y desaparece hacia el sur.

Comienza a tener miedo mezclado con una inesperada euforia. Ni el instinto ni los sentidos la traicionan, pero tampoco a guían, la tensión crece, el aire se pone caliente. No se escapa, se queda bien agarrada a su rama y despeja aún más las hojas para ver lo mejor posible.

Se acerca la polvareda y se escuchan esos latigazos con ese terrible eco, son tiros. Nunca vio escopetas ni pistolones, pero sabe lo que son las balas. Escuchó hablar a su padre de eso contándole varias veces a sus hermanos e imitando el sonido de esos proyectiles terribles.

Ya están cerca y ahora los ve bien. Es un carro que viene con los caballos al galope perseguido por un grupo de jinetes muy cercano. Todavía no ve cuantos son, pero no son muchos. El carro se acerca y se mueve peligrosamente como queriendo salir del camino. En el pescante ve un hombre tirado que sigue con las riendas que probablemente lleve atadas, pero ya no conduce, es evidente. Una mujer pelirroja dispara a los que vienen atrás con un fusil de caño largo y al mismo tiempo un pistolón o un arma más corta que la joven no puede ver bien. Están por llegar a la curva cuando uno de los perseguidores pasa el nivel del carro e intenta agarrar a los caballos. Grita algo, pero no lo entiende. La velocidad aumenta y

la joven ve que el carro se mueve para un lado como si las ruedas del otro estuvieran en el aire y en unos segundos aterriza. Cuando vuelve a apoyarse en el camino la mujer cae arriba del hombre que yace a su lado, por el efecto del golpe, pero en lugar de asustarse o gritar, con mucha sangre fría se incorpora apunta al que está adelante tratando de controlar los caballos y le tira. El hombre va al suelo sin un grito y el caballo sale corriendo despavorido por el costado. Se va acercando rápido la curva.

El carro, evidentemente vacío, sigue de gran carrera y la mujer evidentemente comprende que, de seguir así, van a volcar y trata de agarrar las riendas para bajar la velocidad y enfilarse la curva mejor. Logra reducirla un poco, pero los caballos están muy nerviosos y ante la retención intentan un corcoveo. La mujer se mantiene firme y le afloja apenas la rienda y luego de inmediato retoma, pero no es suficiente. El último perseguidor entiende la maniobra y la deja hacer para no perder la presa y así quedarse él solo con lo que busca, de paso el carro enterito que tiene valor. Se queda pegado en la parte de atrás y la ve a medias, opacada por los cueros que cubren la carreta.

El bandido le apunta con su escopetón desde el costado, porque ve su sombra a través o la imagina. Razona que no le conviene acercarse porque la otra está armada y ya liquidó a dos, pretende agarrarla de sorpresa, esos cueros tan finos no le van a desviar el disparo. Pero tiene que tirar a lo seguro, si erra es hombre muerto.

Al fin se oyen como truenos dos disparos en el aire. Dos tiros en el vértigo del camino. Con el estampido de uno, se oye un grito de mujer, pero no es de dolor, aunque el agresor no lo sepa. Con el del otro, la boca del hombre se tuerce en una mueca de triunfo y decide adelantarse para ver si logra parar este galope loco antes de la curva y atacar a la mujer a cuchillo. Ni él ni ella van a poder recargar.

La joven, desde el árbol, mira azorada la escena, instintivamente sufre por esa mujer sola contra todos, aunque ahora solo quede uno. La ve tomar las riendas y escucha el grito de dolor por el

hombre muerto, cuyo cadáver recibió otro tiro y se movió como si viviera. Ella gritó instintivamente ante la terrible escena. Miró hacia adentro del carro y gritó de nuevo. La niña no sabía lo que estaba pasando, pero no se perdía detalle, aunque fuera su visión por partes.

Pero la mujer del carro se estaba moviendo. De hecho, prepara el pistolón. Se queda quieta mirando. La roja cabellera resplandece bajo el solazo del mediodía. El perseguidor se siente seguro y pega unos tacazos para adelantarse para frenar la carrera de la yunta de caballos, antes del vuelco en la curva, no hay otra posibilidad que intentarlo. Apenas la mira y dispara, seguro de haberle acertado. Cuando llega a la línea del pescante ve a la mujer que está sobre el hombre, como cubriéndolo, sin moverse. Está seguro de que le acertó. Su seguridad aumenta como la confianza en su tiro astuto y certero. Se agacha sobre la montura y con el último esfuerzo llega hasta los frenos de los dos caballos. No mira nada más que eso, es lo que le falta. Otra vez, aún en lo complicado de la situación, otra vez la mueca le mueve la cara al pensar que todo el botín de estos extranjeros será para él. Llevarían dinero y seguramente, restos de telas y mercaderías sin vender. Igual, con el dinero y el carro más que le alcanza. Además, por supuesto de lo que le pagaron para hacer esa emboscada y, especialmente matar al hombre, ¡la mujer resultó la peligrosa! Logra ir parando esa velocidad loca. Todavía no llega la curva y ya bajó mucho el galope, solo falta el cambio de ritmo de los animales y estará seguro. Solo un último esfuerzo y va a poder evitar el derrape, el vuelco y que algún que ande por ahí y se acerque por los tiros y le robe el botín. La mujer herida y desarmada o por lo menos sin poder recargar el fusil es una presa fácil. Si está malherida la dejará allí, más fácil. O tal vez se desahogue, como matar una gallina, la terminará con ese gran cuchillo que lleva en la faja. Eso no es problema. De pronto se acuerda que en la persecución la mujer tiró varias veces. O sea que no tenía solo el fusil sino alguna otra arma. Pero si está herida no la va a poder usar.

Cuando finalmente logra bajar el peligro del vuelco, levanta la vista hacia el carro, pero es demasiado tarde.

Lo último que ve es a esa maldita mujer apuntándole desde tan cerca que no puede errar. Cae ruidosamente al suelo hacia adelante, sin quedar enganchado en ninguno de los estribos, su caballo aterrado deja el camino y escapa por el campo. La mujer toma bien las riendas para enderezar el carro y pasar por encima del cadáver ya casi sin rostro. Hecho eso logra detenerse en el camino. Justo después de la curva, mirando hacia su destino, el sur.

El carro se queda así inmóvil. El tiempo implacable, avanza, la niña mira azorada. Nunca vio algo parecido.

Escucha llorar la mujer. En cada momento con gritos más fuertes. Posiblemente el marido deba ser el hombre que estaba tirado, sin moverse, seguramente muerto. La pelirroja está dentro del carro. No la puede ver.

La joven siente una tristeza en el corazón, como con la muerte de sus dos hermanitas pequeñas el año anterior. Piensa que hacer. Tiene un impulso, decide bajar de su lugar seguro. Entre el carro y ella está uno de los hombres, muerto en el piso. Se acerca y le toma el arma y las balas que lleva en la cintura, busca en sus bolsillos y encuentra poco, pero lo toma. Va hacia el carro justo en el momento que baja la mujer con un cuerpo en la mano. Ella se acerca. La mujer la ve con el arma en su puño moreno y la mira fija con sus ojos azules. Nunca había visto ese color tan intenso y claro, como el cielo. Deja el arma en el suelo y le entrega las balas que sacó del bolsillo del muerto. La mujer le sonrío, pero de inmediato vuelve a llorar. Entonces mira el cuerpo que lleva alzado. Es una niña pequeña de piel muy blanca. La madre sigue llorando con el cuerpo entre sus brazos.

La joven no sabe qué hacer, llora también. Son esos momentos que el universo no repite, piensa la mujer sin entender ni preguntarse porque o adonde lo leyó, pero sin saber porque abrazo a la pequeña que se le acerca. Más o menos de la edad de su hija muerta por los asesinos. La jovenzuela se queda mirando el rojo intenso

de su cabellera, el blanco cándido pero que se ve bronceado entre las pecas de su piel y la determinación firme de esa mujer extraña.

Ambas se sientan, la mujer sigue llorando un poco más. Pero en un rato siente la mirada de la otra sobre sí. Una mujer que observa una jovencita que a su vez la mira con curiosidad. Ella habla en su esforzado pero continuo español, pero la joven, nerviosa no entiende. Le contesta antes en guaraní y luego en su español que también es especial y, en efecto, la otra tampoco la comprende por el marcado acento, en tan duro trance. Es como si a pesar de ser el mismo idioma, con sus matices, es tal la sorpresa de escucharse que no pueden entenderse.

La mujer se incorpora y le hace una seña que la joven no entiende. Va hacia el carro, se sube y trae el cuerpo del hombre, lleno de sangre ya seca. Transporta los dos cadáveres al lado del camino. Vuelve a buscar algo. Trae dos palas. Ellas, juntas y sin hablarse, se ponen a cavar. Cuando terminan con cuatro ramas robustas la pelirroja deja sobre las tumbas unas señales iguales. Con el cuchillo que lleva en la cintura y que la joven no había visto talla solamente los nombres sobre cada cruz. Los repite en voz alta. Le queda grabado el de la niña, algo que suena como si fuera «Dafne». Nunca había escuchado algo así, pero le gusta al instante.

La mujer revisa también el cadáver del otro perseguidor y se lleva las armas, unas monedas y no mucho más. Luego camina un trecho y también revisa el tercer muerto y se queda con sus armas y municiones. No ve a otro ni tampoco lo busca. Solo deja una pistola que nunca había visto sobre el cuerpo del hombre que estaba más lejos. Que, si alguien los encuentra en ese camino, los entierre a los tres y a uno con su arma sin balas.

Los caballos del carro están más tranquilos. La joven agarra una cuba que está en un costado del carro y va hasta un arroyo cercano que ella conoce y trae agua para los animales y limpian la sangre sobre el asiento. De los pastizales le dan comida.

La mujer le agradece o así lo piensa la joven porque no logra entenderla. Cuando se sube al carro la mira desde abajo. Sus ojos se

detienen un rato observándose. Esta vez el tiempo se frena un instante por lo menos para la joven. En un segundo retrocede al día anterior. Recuerda la reunión con su padre y la noticia dramática de su obligatoria salida de la casa. Le quedaron los ojos impasibles de su madre que le generó de nuevo una gran tristeza. Su madre solo veía su espíritu, pero ella no lo conectaba en ese momento.

Si hubiera estado más tranquila tal vez le volvería a la memoria los relatos de su madre sobre la importancia de la palabra y del espíritu, que es el mundo donde iremos todos. O por lo menos los guaraníes. Esta mujer en nada se parecía ni podría asociarse a Sypavé, «madre de los pueblos», tal vez pudiera ser Ka'a Póra, el espíritu femenino de las selvas de formas cambiantes. Nada de estas bases de la religión guaraní pasaron ni cerca de la mente de la niña. Su madre tampoco se había esforzado en explicaciones ni tampoco le mostró textos. Todo se debería transmitir por el espíritu era su creencia. Al final el único libro que tenían era una biblia que casualmente había llegado a su desvencijada casa.

Pero había observaciones inmediatas que la jovencita podía hacer y le llegaban directamente a su sensibilidad. Era que la otra mujer, seguramente, en su interior llora sus dos pérdidas, pero su cara no lo demuestra. Al contrario, inesperadamente se le dibuja una mueca que puede tomarse por una sonrisa. La joven no lo piensa ni una vez, la mira como preguntando y comprende que entendió bien, su mirada celeste lo confirma. Sube con un salto ágil y se sienta, ella sí con una amplia sonrisa. Su madre estaría conforme y cumpliría con su padre. Sin necesidad de hablar se habían comprendido. En ese extraordinario momento, miradas, pulsaciones, sensaciones en general, comunicaron entre ellas. No había tanto más que decir. Más adelante, decantaría. El tiempo decidiría que iba a suceder con ellas y esta increíble, sorprendente pero espontánea vinculación. Betty no es mujer que haga muchas especulaciones, ella es de acción. La niña toma su primera gran decisión en la vida.

El carro retoma su accidentada marcha hacia el sur con sus dos pasajeras y deja dos cruces junto al camino debajo del guaraminá.